



da, pero desgraciadamente apegada a la realidad actual de América del Sur.

Los juegos verdaderos es una novela escrita con tradicionalismo mezclado con modernismo. O mejor: es una compilación de estilos (existencialismo, realismo mágico, surrealismo, etcétera) que producen un estilo personal que deja sabor durante mucho tiempo y que a la vez cumple con el cometido de ser funcional.

Recomendamos a los futuros lectores que hagan gala de paciencia a lo largo de las primeras treinta o cuarenta páginas, ya que el resto los sumergirá en el tema tocado por el autor. Estas primeras páginas son lentas, tediosas y, en ocasiones, innecesarias.

Vemos en Edmundo de los Ríos un futuro gigante de las letras latinoamericanas, un Fuentes, un Cortázar, y lo exhortamos a que nos quite el temor de no volver a leerlo, publicando un nuevo libro.

El formato de la novela es muy atractivo. Primera vez que vemos el comentario del editor en la portada; primera vez que notamos el retrato del autor en la primera solapa y un ejemplo de su caligrafía en la segunda. Editorial Diógenes —que acaba de nacer, digamos que todavía huele a talco para bebé— ha escogido buenos autores y buenos títulos para estrenarse. Ojalá continúe.

Manuel Farill

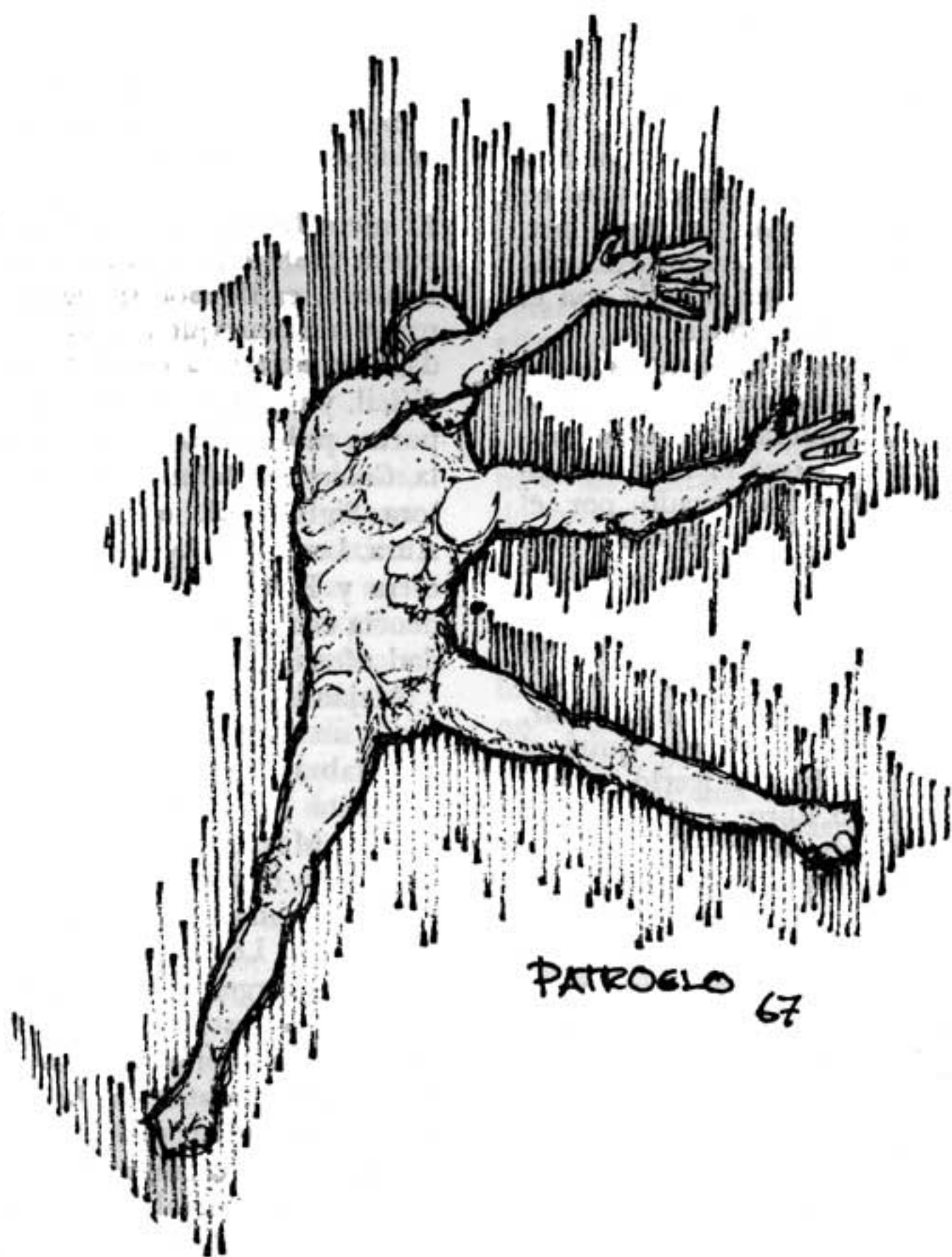
POESÍA JOVEN

Poesía Joven de México

Aura, Ayala, Becerra, Garduño
México, Siglo XXI, Editores 1967
(Colección mínima)

El mero hecho de que una editorial nueva prohíje la igualmente nueva literatura, es de por sí algo que debe regocijar; pero que los jóvenes respondan con acierto a ese respaldo es más difícil, y no obstante en el caso de los poetas publicados en el número 9 de la *Colección Mínima* de la casa editora Siglo XXI, que son Alejandro Aura, Leopoldo Ayala, José Carlos Becerra y Raúl Garduño, la correspondencia está a la altura de la oportunidad ofrecida.

Alejandro Aura muestra un dominio y un conocimiento admirables de la palabra, y ha abandonado casi por completo la mal controlada influencia de Mayakovski que por mucho tiempo lo dominó y que era notoria en sus primeros poemas publicados en revistas. Logra un estilo donde las imágenes surgen del retorcimiento de las palabras, esto es, no por fusión de contrarios, ni por comparación simple, sino por escamoteo de la referencia: el objeto o sujeto está ausente y ocupa su lugar una alusión velada; pero emplea, en general, un lenguaje directo que es, sobre todo, lo que define a su manera de hacer poesía. Vallejo



se halla ahí como la influencia más clara.

La temática de Aura va de lo emocional (repartido entre sus odios, sus amores, y sus recuerdos de infancia) a lo social; de esto último es ejemplo notable *Nada sucede aquí*: "—Nada, señor, el tiempo es oficial. Nada sucede... Pero la historia es una nota ronca / que no puede ser cantada con violines... Revolución de azúcar / para el café más negro de la historia." Quizá lo único que le perjudica sea la actitud pueril y demasiado fantasiosa que manifiesta en algunos versos.

Leopoldo Ayala continúa sobre la ruta que se fijó en su primer libro, *El domador*. En aquel entonces (1962) su mejor poema, *El valle de los ciegos*, dejaba entrever una benéfica influencia de Octavio Paz, de quien ahora conserva una vaga idea de lo que es la imagen. Aunque adolece de falta de dominio sobre el idioma, el poema que más virtudes posee se llama *Requiem por la tumba de un cuerpo*: "Langston Hughes es mi tumba, / sus manos negras son el sarcófago en que un día hundiré mi cuerpo, / sarcófago negro porque moriré viejo / cuando he debido morir antes." Ayala tiene elementos y debe exigírsele mejor producción poética.

José Carlos Becerra, sin duda el maestro, publica aquí un poema unitario, *Oscura palabra*, donde nos habla de la ausencia mortal de su ma-

estre, poema aparecido con anterioridad (1965) en edición de cien ejemplares. A pesar de que el proceso de hechura abarca fechas diferentes bastante espaciadas entre sí, como lo precisa el poeta, conserva su unidad, y su tono elegíaco rebasa el límite del lenguaje: están la parte que se dice con palabras y la parte que éstas no son capaces de decir: "Te oigo ir y venir por tus sitios vacíos, / por tu silencio que reconozco desde lejos, antes de abrir / la puerta de la casa / cuando vuelvo de noche. / Te oigo en tu sueño y en las vetas nubladas del alcanfor. / Te oigo cuando escucho otros pasos por el corredor, otra voz que no es la tuya. / Todavía reconozco tus manos de amaranto y plumas gastadas, / aquí, a la orilla de tu océano baldío. / Me has dado una cita pero tú no has venido, / y me has mandado a decir con alguien que no conozco, / que te disculpe, que no puedes verme ya."

La crítica que podría hacersele, sin embargo, incluyendo la crítica a su libro publicado meses atrás en el mismo año de 1967, *Relación de los hechos*, consistiría en indicarle que abusa, en el aspecto formal, de la repetición de palabras... aunque, por otra parte, ello no afecta la transferencia del contenido.

Debe anotarse un hecho penoso: el poema se publica aquí con un *punto final* en lugar de la *coma* con que "finaliza" en la edición primitiva. Se-

gún propia confianza del poeta —verbal, no escrita—, esa *coma* señalaba la continuidad del poema en un tiempo íntimo y a la vez susceptible de exteriorizarse de nuevo. La errata, así, frustra la sugerencia.

Raúl Garduño ejerce el oficio también como con magia, pues sigue, acaso ajeno a un deliberado propósito, las huellas de José Carlos Becerra quien parece seguir las de Vicente Aleixandre y de Neruda. En ambos (Becerra y Garduño) se nota la actitud de sumergirse sin miedo, sin preguntar si dará resultado el procedimiento; pero en Garduño hay incongruencias que rara vez admite Becerra en lo suyo. Garduño participa de imágenes surrealistas y se deja dominar por ellas; Becerra no.

Los temas de Garduño son el amor y la existencia. Y de entre su colaboración destacan los poemas *Lo que jamás vimos* ("Cada cosa es lo que jamás vimos, / la gente que entra en los laboratorios o sale de los cines, / los cafés tumultuosos donde todos esperan, / el sol a veces como un aviso, / la muchacha que levanta los ojos para mirar también lo que ha perdido, / pero todo en silencio, / en ese silencio que llevamos a todas partes como un / estigma..."), y *Por detrás de la noche* ("Encenderé la noche con la gota de oscuridad que mis / manos usan...")

En resumen: Aura quizá debería ser menos efusivo, a fin de intuir me-

jor la realidad; Ayala debería acaso estudiar un poco el idioma y la imagen poética; Becerra, no obstante su madurez, quizá necesite evitar el uso excesivo de unas cuantas palabras; Garduño precisar su noción de la imagen. Pero los cuatro nos colocan ante perspectivas que prometen hacer que nuestra sensibilidad evolucione.

Victor Villela

